



F. García Jurado & J. Espino Martín, *Los que saben latín. Historia de un personaje literario*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2020, 225 pp.

En 1930 pronuncia Alfonso Reyes su célebre *Discurso por Virgilio* —a quien interpela *tu duca, tu signore, tu maestro* (palabras que en su poema Dante le dirigiera al poeta mantuano)— dando un interesante testimonio de los estudios humanísticos a inicios del siglo XX: “El Positivismo reinante en nuestras escuelas fue, a sabiendas o no, descartando en ellas toda planta de Humanidades. Ya los estudiantes de mi tiempo no aprendimos latín. Había que conformarse con los latinajos del Seminario [...] Los que seguimos el camino real del liberalismo mexicano —y somos inmensa mayoría entre la gente universitaria— pasábamos de una en otra escuela laica sin tropezar nunca con el latín, que ciertamente nos parecía antigualla de iglesia. Y aun daba pena, en la Escuela de Abogados, encontrar, a guisa de limosna, una miseria de Derecho Romano que, ya en mi tiempo, el emérito maestro Eguía Liz enseñaba como quiera a los pocos que voluntariamente concurrían al curso, sin fe, sin latín y casi sin Derecho Romano”. Esta es la imagen que el Regiomontano Universal desplegó acerca de la enseñanza del latín y de los preceptores de dicha lengua durante su época de estudios universitarios, haciendo a grandes rasgos una crítica de algunos aspectos ideológicos y educativos respecto del idioma del Lacio durante el México liberal; y es precisamente bajo esta línea de retratos verbales (*ut pictura poesis*, como quisiera Horacio) de quienes han enseñado latín en las letras españolas que se enmarca la obra aquí revisada.

Se trata de un interesante recorrido que revela cuál ha sido la representación y el papel de los gramáticos, preceptores y dómines (únicamente de lengua latina) en el imaginario de una serie de autores españoles desde el siglo XVI hasta el siglo XX, explicando que la figura del profesor de latín se tornó un personaje literario explotado en diversas formas y para distintos fines gracias a sus características físicas, sus métodos de enseñanza, su facción ideológica o religiosa y su amplia o nula cultura literaria, y cómo grandes autores echaron mano, durante momentos específicos de la literatura española, de tales cualidades o defectos del personaje a fin de plasmar un modo de vida, un recurso de enseñanza y un bagaje cultural particular. Es una obra, de amena lectura, que propone un análisis filológico original y una reconstrucción literaria del personaje pues, a base de tres directrices que a continuación detallaré, se crea una tipología fundada en los múltiples elementos con los que es bosquejado el profesor de latín.

El retrato del profesor de latín es afrontado, como manifiestan los autores en su introducción (pp. 9-18), con base en tres aspectos torales: 1) características del profesor en cuestión, 2) referencias a un sistema educativo y a la actitud pedagógica del docente, y 3) presencia de autores latinos acompañando el retrato como talentos de una cultura canónica. En primer lugar, las características descritas del profesor atienden a aspectos tanto físicos como de carácter: que sea real o ficticio —un profesor

“de carne y hueso” o inspirado en un estereotipo—; que sea laico o religioso — atributo relativo a la intención ideológica y pedagógica del autor—; que sea de enseñanza secundaria o universitaria; que su apariencia física defina su carácter, como la nariz larga, la vejez o la ceguera, rasgos caricaturescos que esbozan un temperamento colérico; que tengan nombres burlescos que encarnan vivamente la materia que imparten, tales como el *dómine* Cabra, Fray Gerundio o Don Supino. En segunda instancia, se rescatan “las impresiones, reflexiones y alusiones que los autores hacen acerca de diferentes aspectos relativos a la educación” (p. 12), puesto que la atmósfera educativa, donde se acentúa la alegría o la tristeza por la clase de latín, realza la experiencia del aprendiz, criticando, por ejemplo, una vetusta ideología escolástica, hasta incluso cuestionar “la función del latín” en un contexto educativo, a más de destacar los métodos didácticos para enseñar la lengua, del aprendizaje memorístico hasta los castigos físicos, elementos que cada autor, de acuerdo con la trama en la que introduzca al personaje, elogiará o reprobará. Por último, el canon de autores latinos “asociados al recuerdo escolar” resulta importante para rastrear la impronta literaria que “el estudio del latín ha podido dejar en el autor moderno” (p. 13), con una tendencia por escritores romanos cultivados por el movimiento humanístico o bien por una estética barroca, entre otros más, de tal suerte que se puede advertir un cambio de perspectiva literaria acorde con la intención de un determinado autor, ya sea una alusión sólo evocadora, crítica o incluso cómica. Bajo estos tres criterios bastante completos, en relación con todos los posibles atributos con que se puede literaturizar al profesor de latín, García Jurado y Espino Martín emprenden la tarea de analizar seis realidades distintivas de la cultura literaria española.

El libro está dividido en seis capítulos destinados a sendos periodos de la literatura española —incluyendo para el siglo XX el artículo periodístico también como una forma de expresión literaria—; cada capítulo recoge muestras representativas de movimientos literarios y tendencias estéticas imperantes durante el siglo o periodo en cuestión, considerando para ello la diversidad de géneros tan desiguales, pues ellos van “desde el diálogo renacentista al artículo de prensa” (p. 16): la novela (picaresca, autobiográfica), lírica, literatura de erudición, memorias, ensayos, artículos periodísticos y cuentos, cuyos autores fueron todos ellos estudiantes de latín, desde el Renacimiento hasta finales del siglo XX.

El primer capítulo “Humanismo frente a visión barroca: siglos XVI y XVII” está consagrado a Luis Vives, Cristóbal de Villalón, Vicente Espinel, Francisco de Quevedo y Diego de Saavedra Fajardo. El segundo capítulo “Jesuitas e ilustrados en el siglo XVIII. Configuración del *dómine* pedante” está dedicado a José de Cañizares, Diego de Torres Villarroel, José Francisco de Isla y Manuel Vegas y Quintano. El tercer capítulo “Herencia y renovación en el siglo XIX” se centra en Federico Rubio y Galí, Santiago Ramón y Cajal, Armando Palacio, Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas “Clarín” y Marcelino Menéndez Pelayo. El cuarto capítulo “Modernismo y Noventa-yochistas: tristeza y arcaísmo” gira en torno a Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Ramón María del Valle Inclán y José Martínez Ruiz “Azorín”. El quinto capítulo “Los unos y los otros: jesuitas, intelectuales y veranos” aborda a Ramón Pérez de Ayala, el “*Corpus Barga*”, Ramón J. Sender, Rafael Alberti, Rafael Sánchez Mazas, Ángel María Pascual y Francisco García Pavón. El sexto capítulo “Los últimos profesores” contempla a Juan García Hortelano, Carlos Luis Álvarez “Cándido”, Agustín García Calvo, Antonio Prieto, Antonio Muñoz Molina y Juan Manuel de Prada.

Un séptimo capítulo se incluye para formular algunas conclusiones, retomando, conforme a las tres directrices arriba mencionadas, los aspectos más sobresalientes de cada entorno histórico-literario estudiado. Dos apéndices, por último, se emplazan al final del volumen; el primero contiene tablas de resumen en que se extractan las principales características de cada uno de los retratos expuestos a lo largo del libro, de modo que se puede observar desde un encuadre mucho más visual y confrontado los contrastes entre las diversas descripciones literarias; el segundo constituye un breve ensayo titulado “Aspectos carnalescos del dómine: los motes” que supone un complemento a los capítulos anteriores contribuyendo con una sucinta “historia de la comicidad, en clave carnalesca, que aparece a lo largo de la historia de la literatura española en los retratos y recuerdos de los profesores de latín” (p. 190), destacando otras aristas cómicas y sarcásticas del personaje, como lo son los apodos y motes con que se calificaba al gramático, al pedante, al dómine.

Dado que la literatura debe servir como un recurso a través del cual un lector se sienta identificado, las vivencias (agradables o no) por parte de diversos literatos con el aprendizaje del latín constituyen un referente común para muchas generaciones que cursaron lecciones de ese idioma, de modo que García Jurado y Espino Martín prometen que “a quienes somos profesores de latín nos hará reflexionar, y a los que alguna vez estudiaron la lengua latina les invitará a identificarse con alguno de los testimonios” (p. 9). Así pues, en este libro también se recupera la narración de grandes exponentes de la expresión literaria española que pasaron por clases de latín, atestigüando que desde siempre la buena o mala enseñanza se ha debido en parte a la pedagogía empleada por el preceptor, en parte a la destreza de éste, mas no por la incapacidad o negación del discípulo.

En fin, a partir de la publicación de este peculiar volumen se antoja un ejercicio similar también para las letras mexicanas, a saber, rastrear el personaje literario de quienes enseñaban la lengua romana en las aulas de la Colonia y del México independiente, liberal y contemporáneo, pues, en definitiva, como sentenciara Reyes con fina contundencia en su discurso, “México, mantenedor constante del *espíritu latino*, no debe permanecer indiferente”.

Genaro Valencia Constantino